

CAPITULO IV.

Refiérense otras costumbres de estos indios, los ritos y ceremonias de sus casamientos y nacimientos de sus primogénitos.

Así como los brutos viven sin ley porque carecen de razón; así los bárbaros indios que moran en esta retirada provincia viven como brutos, porque son de rudísimos entendimientos, reinando solamente la tiranía sin miedo del castigo que les espera. Gobiérnanse por capitanes, y estos son los que tienen mas valor entre ellos, de suerte que en cada ranchería dan alguna obediencia al que conocen mas valiente; pero tan poca, que siempre que pueden les quitan alevosamente la vida, por sacudir el yugo aun de aquella leve obediencia. Acerca de sus casamientos hay variedad de costumbres segun son de varias naciones: unos se casan con una muger sola, y tienen muchas mancebas, desgracia que acontece aun en los indios domésticos de los pueblos, pues se encontrará raro entre los casados que no tenga dos ó tres amigas, á quienes asisten con mas puntualidad y cariño que á la muger legítima; pues esta solo les sirve como de esclava y para sufrir sus malos tratamientos: y es comun proloquio en esta provincia que en viendo un indio á caballo y la muger á pié, es su muger legítima, y en viendo á la muger á caballo y al indio á pie, es su amiga.

Otros se casan con cuantas mugeres quieren: como no las han de vestir ni sustentar, admiten cuantas les dictan sus bárbaros y obscenos apetitos. Otras naciones tienen las mugeres por comunes, siendo en esto aun mas bárbaros que los brutos, pues el caballo muestra tener mas instinto, celando á la hembra que ha conocido: no son los indios solos los que practican

este monstruoso abuso, porque los trogloditas y garamantes en la Etiopia ejecutaron, en sentir del Abulense, lo mismo. El modo de ajustar sus casamientos tambien es vario, como son las naciones en que se practica: unos compran la muger al enemigo vecino, y le dan por ella una flecha y un arco, y estos que así compran al enemigo las mugeres, matan las hijas que les nacen, ó se las dejan comer de los animales.

Otros, y aun lo practican los otomites de Santa María del Rio, y otros pueblos, piden al padre la muger con quien se intentan casar, y aunque no les den el sí, como absolutamente no se nieguen, ya desde ese dia tiene el pretendiente licencia para entrar en la casa de la pretendida á todas horas, y le tienen como á esclavo, sirviendo uno ó dos años dentro de la casa, hasta que se casa ó le despiden con la repulsa. Este estilo no es tan nuevo que no le practicase el gentil Laban con Jacob, para darle en matrimonio á sus hijas Raquel y Lia. Otros, entre quienes no hay grado prohibido de consanguinidad ni afinidad, sin ceremonia alguna, cogen para mugeres á sus madres y á sus hijas: no solo fueron los indios los que ejecutaron accion tan abominable y fea, pues afirma Julio César en el libro 5.º de los Comentarios de Bello Galico, que entre los ingleses en su gentilismo los hijos se casaban con las madres y los padres con las hijas, y una muger sola solia tener doce maridos, por cuya causa reprendió Bonifacio Mártir al rey de Inglaterra, como refiere un decreto del Derecho Canónico.

Pero lo comun que ejecutan estos bárbaros para el ajuste de sus desposorios, es cazar algun venado, y traerle á las puertas de la novia, y si su padre y ella le reciben, ya tiene como por su muger á la muchacha; pero si no le reciben y dejan que la carne se pudra, es señal de que no gustan concederle para muger á la doncella. Ajustado por estos diversos modos el casamiento, sin mas ceremonia se va la muger con el marido, y si por algun accidente vive alguno de ellos desconsolado, se apartan de comun consentimiento, y se vuelven á casar con otro. Tambien acostumbran algunos indios del circuito de la provincia el abominable y nefando ayuntamiento con afecto matrimonial, de unos hombres con otros, que si bien se lee, lo ejecutaban los indios de la Florida como matrimonial contrato, así

como lo practican muchos de estos; siempre fué, es y será el pecado mas abominable del mundo: este género de gente son unos hombres amugerados vestidos con trage como las mugeres, y ejerciendo el oficio de ellas, no cargan arco ni flecha: de estos hay muchos en la provincia de Tejas, que cuando van los indios à la guerra, los llevan de comunidad para sus nefandos escesos, y preguntándoles nuestros religiosos la causa de andar vestidos como mugeres, no se recatan el decir que son mugeres de los hombres de la guerra. Esta abominable costumbre, aunque es digna de la mayor reprehension en estos gentiles bárbaros, no lo fué menos en otros tiempos entre los franceses, de los cuales dice Eusebio Cessariensie en el lib. 6, cap. 8 de la Preparacion del Evangelio: Que los mozos de aquel reino se casaban unos con otros sin vergüenza ni empacho alguno. Otras varias costumbres y ceremonias usan los indios así para antes del contrato, como para la celebracion del matrimonio, las que omito por indignas.

La ceremonia ridícula que hacen al nacimiento del primogénito de cada una de sus mugeres, si es digna de risa por una parte, tambien es lástima grande, advirtiéndolo cuán ciegos y engañados los tiene el demonio, porque semejantes desatinos parece que no caben en la racional naturaleza: en saliendo à luz el primer hijo de cualquiera de sus mugeres, toca al padre ser horroroso espectáculo de la fiesta mas atroz que pudiera pasar por un prolijo martirio, y lo mismo es tener primogénito, que constituirse mártir del demonio, ofreciéndole mucha parte de su sangre: luego que sale à luz la criatura, se junta la parentela y convidan à otros indios para la solemnidad horrenda que hacen à costa del pobre padre, al cual dan à beber una bebida confeccionada con una raiz que llaman Peyot, la que tiene eficacia no solo para embriagar à quien la bebe, sino que le hace casi insensible, adormeciéndole las carnes y amortiguándole todo el cuerpo: esta bebida le dan despues de haber estado veinte y cuatro horas sin probar bocado, y luego le ponen sentado sobre un cuerno de venado en el campo, buscando la mejor llanura, y prevenidos los indios con afilados huesos y con dientes de diversos animalejos, y llegando uno à uno al miserable paciente con ridículas y disparatadas ceremonias, le da ca-

da cual una sajada sin piedad, haciéndole derramar mucha sangre, y como son muchos los convidados, las heridas son tantas, que le dejan tan maltratado, que de los hombros à los piés es un lastimoso espectáculo, teniendo por mas valeroso al que ha sido mas sufrido en el combate, y al que ha convidado mayor número de sayones para que le despedacen las carnes: vaticinando del sufrimiento del paciente miserable el valor que tendrá el hijo de tan sufrido padre.

Otras naciones acostumbran y son las que viven en la Sierra hácia el Mediodia, una ceremonia diabólica: luego que les nace el hijo ó hija, se junta la parentela, y despues de haber bebido, como acostumbran, haciendo varias ceremonias, llevan à los recién nacidos à las orillas de los rios y ojos de agua, y bañándolos varias veces les señalan nagual para que sea su patron toda la vida: de suerte que es como un bautismo inventado por el demonio, pues como nosotros ponemos nombres de santos à los que bautizamos para que sean sus intercesores, así ellos en sus diabólicos baños señalan à cada uno un animal, ó del aire, ó de la tierra, ó del agua, para que por toda la vida le asista y cuide de su encomendado: y à este llaman nagual, viéndolo tan ciegos en este infernal patrocinio, que si el nagual es oso, juzgan que se trasforman en osos, si es caiman, en caimanes, y como el demonio los tiene tan engañados, finge la imagen de estos animales à su vista y juzgan que se trasforman en ellos con certeza: y lo cierto es que los mas de ellos son grandísimos hechiceros y raro deja de tener pacto con el demonio: Dios les dé luz à su oscuro entendimiento, para que conozcan las astucias de su comun enemigo.



CAPITULO V.

Trátase de las fiestas y juegos de estos indios, y de otras rústicas ceremonias que usan.

Siempre que se casan los indios ó que tienen algun motivo de regocijo, acostumbran celebrarle como pueden á su modo, y despues de las funciones que hacen, terminan en bailes y embriagueces sus festejos. Las danzas que tienen comunmente en sus fiestas trabajosas son iguales á sus ignorancias, porque al triste son de un tronco hueco que tocan con palillos ó con alguna quijada de caballo, canta algun viejo con voz baja y desapacible, ya las hazañas de sus antepasados, ya la destreza de sus flechas y arcos, ya la caza que acostumbran, y otras cosas semejantes, mientras los otros convidados, trabados de las manos en circuito, están dando sin cesar descompasados saltos, y tan porfiados en este ridículo entretenimiento, que suele durar veinticuatro horas el baile, terminándose la fiesta con embriagueces sin medida, no porque tengan vino que pueda beber gente política, sino que de los magueyes, tunas y otras frutillas hacen unos berbages tan fuertes, que embriagan mas y con mas presteza que el vino mas fuerte de Castilla, y como beben de estas bebidas sin tasa, caen privados al suelo los mas, y los menos comienzan à dar unos tan horrosos alaridos, que atemorizan á los que llegan à oirlos.

Estos bailes ó mitotes que llaman ellos, suelen hacer tambien cuando salen á cazar ó cuando van á la guerra. Ponen en medio del círculo en que bailan una calavera de venado con sus astas, y cantando sin cesar en confusa y triste voz, pasan to-

da la noche hasta que la calavera salta, que como es por parte del demonio, ya que los tiene cansados causa en la calavera aquel diabólico movimiento, é inmediatamente salen á la guerra ó á caza por el rumbo hácia donde saltó la calavera, y como el demonio no ignore donde asisten los enemigos y la caza, los tiene embelesados con esta astucia, porque las mas de las veces encuentran lo que solicitan.

Nunca está bien á los españoles que moran en sus circuitos estas ni otras danzas que usan estos bárbaros, porque lo que mas continuo se sigue de ellas es, que despues de haberse embriagado con los desabridos licores que han bebido, se levante una vieja, que entre ellos son tenidas por oráculos, y les acuerda la libertad con que en la antigüedad vivian antes que los españoles se enseñorearan de sus tierras y la poca que gozan en los presentes tiempos, y como las mejores tierras están en poder de los cristianos, quienes á fuerza de sus escopetas les quitan á sus hijos y los hacen andar siempre con temores: estas y otras muchas cosas que conducen á fomentar el odio que tienen á los demas hombres, dice la vieja: aconsejándoles que junten escuadras y salgan à destruir cuantos pudieren, que poco à poco los irán consumiendo á todos, y con la obediencia y veneracion que tienen á su caduco oráculo, juran el poner por ejecucion su mandato, y allí se dispone la hostilidad que se ha de ejecutar y hácia qué parte se ha de comenzar la guerra, y sin duda de estos bailes se han originado lastimosas muertes de españoles, quemándolos en sus casas y llevando à fuego y sangre cuanto encuentran, y así se tiene á mucha dicha que la oracion de la vieja despues del baile se encamine á otras hostilidades con otras sus enemigas naciones, con quienes los del baile suelen vivir agraviados, y las malditas viejas se acuerdan de cuantos hombres les han muerto los de la nacion contraria, y se los refieren á los indios, motejándolos de cobardes, y afrentándolos con que no saben vengar la sangre de sus compañeros, y en este caso no salen en busca de españoles, sino á vengarse de los indios sus contrarios, haciéndoles cruda guerra, porque sus viejas los irritaron à la venganza. Las referidas viejas son el órgano por donde el demonio introduce en los indios su veneno, haciéndoles creer sus mentiras, porque no da la gente de razon

tanto crédito á los hombres desengañados y virtuosos, como estos miserables indios á sus viejas depravadas; instrumentos del demonio, padre legítimo del engaño, como lo apellidó Agustino.

Suelen algunas naciones unirse para ejecutar alguna alevosía y juntar sus fuerzas en lances apretados, aunque les dura poco, porque luego por leve causa son como antes enemigos: el modo de convocarse para tratar la materia, es enviar un indio que hable bien el idioma de los bárbaros á quienes lleva la embajada; lleva una flecha que usa diferente cada nacion, en llegando al capitán se la pone á los piés, y esta es una carta de creencia para su embajada, y si bien es despachado, señala el lugar y el dia en que se han de juntar, y con la respuesta vuelve á los suyos significándoles el modo con que fué recibido; juntan la caza que pueden para recibir los nuevos compañeros, y tienen abundancia de sus atroces bebidas en troncos agujerados de biznagas, que para este efecto tienen prevenidos, tan grandes, que en algunos caben seis arrobas, y despues de haber comido sin tasa y bebido sin medida, se juntan sin razon á disponer cómo han de esterminar á los españoles, ó cómo se han de vengar de las otras naciones que los tienen agraviados, y salen los decretos como las prevenciones que han hecho en los troncos de biznaga; porque de un desatinado beber, ¿qué puede salir sino la atrocidad mas disforme y la ejecucion mas impía?

Usan unos juegos, que si para ellos es diversion seria, para políticos es áspera penitencia: una crueldad rara llaman jugar patole: cortan seis iguales palillos, y en ellos ponen diversos puntos señalados con sus rayas; tiranlos juntos en alto, y segun caen se reconocen sus ganancias ó sus pérdidas: la crueldad consiste en que al tirarlos á lo alto se dan en los pechos, mientras caen al suelo, un grandísimo golpe á puño cerrado, y el que se le da mas fuerte, es tenido por mas esforzado, y han hecho tan bárbara tema el darse con violencia, que llegan con la repetición á criárseles postemas en los pechos, de que mueren muchos.

Otro juego tienen que le llaman hule, y para él buscan una llanura de tres ó cuatro leguas: ponen una pelota en la tierra,

y habiendo tantos compañeros de una parte como de otra, señalan el término hasta donde le han de llevar, los que mas pudieren, cogiendo dos contrarios rumbos y con unos palos de encino que llaman chuecas, comienzan á dar en la pelota muchos golpes, unos por una parte y otros por otra, y como sucede que habiendo caminado como dos leguas por un rumbo, los contrarios la rechazan y le hacen descender lo adquirido, suelen dejar señalado el sitio donde quedó la pelota para otro dia y suele durar algunos dias hasta que los mas diestros la ponen en el sitio señalado, quedando molidos y hechos pedazos del ejercicio y de la maleza y espinas que encuentran en el camino, apostando en este juego lo que tienen; pero con una bárbara ignorancia, de suerte que en siendo prenda proporcionada, no reparan en el precio de ella: y así suele suceder que uno pone una flecha con su arco que vale cuatro reales, y otro pone un capote que vale doce pesos, y quedan muy contentos con la apuesta sin hacer reparo en el valor de la prenda: semejantes á estos son los demas entretenimientos que usan y no refiero, concluyéndose todo con el demasiado beber y vocería, que parece de los infernales ministros, donde ningun orden se encuentra, sino que todo es horror eterno y gritos desesperados.

Si alguna de las naciones quiere tener alianza firme y amistad estrecha con otra, trata de hacerse parientes por un camino ridículo: la ceremonia que hacen es unirse todos en los referidos bailes, embriagueces, algazaras y desatinados alaridos: buscan un indio que con su sangre haga la costa al nuevo parentesco: tiénelo sin comer las veinte y cuatro horas que acostumbra, y despues de haberle amortiguado las carnes con la execrable bebida que usan, le ponen en el campo junto á una grande hoguera, y habiéndole calentado bien el cuerpo y estregado fuertemente las orejas, están todos prevenidos, teniendo cada uno un agudo hueso de venado á manera de lezna, y llegándose al miserable paciente le van taladrando las orejas, y cada uno de los circunstantes va empujando el agudo hueso, y con tocarle solamente quedan emparentados con los de aquella nacion, untándose en los pechos de la sangre que destila el miserable paciente á quien toca tan cruel martirio, y de esta forma emparentan como si fueran de una misma sangre, durándoles

solamente el parentesco, mientras se ofrece tomar las armas unos contra otros.

Las causas porque suelen descomponerse semejantes uniones, son tambien indignas de racionales, porque ellos tienen divididos entre sí los montes, prados, rios y llanuras; de suerte que una nacion caza, pesca y se aprovecha de todo lo que tiene señalado; y si uno de otra nacion entra en sus tierras, aunque sea solo por cojer un conejo, lo reputan por tan grave delito y menosprecio á sus armas, que se escita una sangrienta guerra por un solo conejo, como pudiera por el mas poderoso reino ó señorío. El traje y gala con que salen á batallas es tambien digno de risa, porque buscan barros de diferentes colores, de que hay abundancia en estas tierras, y embarrándose con ellas sus adustos cuerpos, se pintan en ellos sierpes, víboras, sapos y otros inmundos animales, poniéndose en las cabezas plumas de varias aves y colores, y esta es la mejor gala y el mejor adorno para sus ojos.

Yo he visto varias veces, cuando salian en la Vizcaya á recibirme visitando la provincia, á los indios envijados de esta forma, y aseguro que son unos espectáculos tan diformes, que pueden retratar al vivo á los demonios, porque como son adustos, membrudos y denegridos, pintados de colores pálidos y adustos con imágenes tan feas y horribles, causan pavor á los que los miran, y aun las bestias mulares tiemblan y se espantan con su vista, y lo peor es que juzgan que se les infunde el valor y ponzoña de los animales que llevan pintados en sus cuerpos, y así procuran que sean de los mas feroces. Estas y otras figuras sacan en sus batallas, indignas de que se refieran, siendo crasísima su ignorancia de las cosas que pertenecen así á sus cuerpos como á sus almas; sin duda que la cautividad en que se hallan se produjo de la ignorancia en que se crian, como del pueblo de Israel afirmó el profeta Isaias en el capitulo 5.



CAPITULO VI.

Dase razon de otros abusos y procederes de los indios.

Por las esperiencias que tenemos los hijos de esta provincia, y por relaciones que me han hecho religiosos cuerdos y prudentes de ella, hallo que sus indios tienen tan varias supersticiones y viven tan engañados, que sola la astucia del infernal enemigo puede haberlos metido en iguales laberintos: entre las barbaridades que de sus desatinados juicios he observado, referiré una tan disparatada como sus rudísimos pensamientos. Sucedió en una labor hácia el reino de Leon, que el dueño de ella delante de unos indios se quejase del año, que había sido estéril por falta de aguas, y que las milpas ó siembras se perdian sin remedio: y oyendo la conversacion un indio viejo que parecia mas politico, le respondió estos desatinos:—"Has de saber, señor, que dicen los viejos de mi nacion que ya no tendremos buenos años de aguas, y que no ha de llover en forma, porque ha sucedido una grande desgracia en el cielo."—Riose el español del disparate, y para reirse mas, le preguntó, ¿qué infortunio habia sucedido en el cielo, de que no habia noticia en la tierra? Y como si refiriera una nueva sabida por cartas muy seguras, respondió el indio:—"Señor, ya há muchos años, segun dicen nuestros mayores, que el llover corria por cuenta de un viejo, tan discreto y cuidadoso de enviar las aguas á su tiempo, que no dejaba parte de la tierra que no regase, porque tenia toda providencia y disposicion en su ministerio, y mientras él vivió nunca se esperimentaron faltas, antes cuidaba de los sembrados, y todo lo tenia bien dispuesto; pero murió el vie-

jo los dias pasados, y dejó el oficio de llover à hijo un suyo, mozo y sin esperiencia, el cual como nuevo en el oficio y poco diestro, no sabe llover parejo, sino á mangas, ni enviar las aguas cuando la tierra las necesita, y por eso se experimentan tantas esterilidades en estos tiempos."—Todos estos desatinos causaron mucha risa al español que le oía, y procurándole sacar de tan bárbaro pensamiento con razones cristianas y políticas, se quedó en sus trece el indio, diciendo que así lo decían sus mayores y sus viejos, cuyo dicho para ellos les engendra un asenso indeleble, como carácter que nunca se les borra de la memoria.

Es tambien comun opinion entre ellos, que cada rio ó manantial de agua tiene su particular tutelar que le cuida, y á los tales los apellidan Nahuales, y así como los gentiles romanos tenían sus genios fingidos en sus dioses caseros, á lo que alude un español ingenio que dijo: *Salve parva domus, pariter salvetate penates*: así estos en todas las aguas veneran un nahual, y dicen que á él se le debe aquel beneficio de dar aguas á la tierra, y casi le dan adoracion, segun los obsequios con que la tratan, pues ellos echan en las fuentes algunas cosillas como oblacion á su mentido númen. Diré lo que sucedió á un religioso sobre este punto: supo que en un ojo de agua del pueblo en que vivía, veneraban los indios á una tortuga pequeña que habia en el ojo de agua, como á nahual que se conservaba en el manantial; quiso el religioso desengañar á los indios y sacarlos del error en que vivian, y en presencia de los indios sacó la tortuga y la hizo minutísimos pedazos: los indios sintieron mucho el que les quitara y matara su fingido númen, y el demonio para afianzarlos en sus errores, comenzó en forma de otra tortuga, que se apareció sobre el agua á dar tan espantosos silbos, que parecia querer tragarse á los circunstantes: comenzaron los indios despavoridos como á reprender al religioso, que decían era causa del sentimiento que mostraba el nahual por haberle echado fuera del manantial, donde tenia su dominio; conoció el religioso por las señas y palabras de los indios, que adoraban como á su dios aquel inmundo animalejo, y que el demonio para radicarlos en la idolatría causaba aquellos espantosos silbos, y revestido de celo comenzó á conjurar al in-

fernal enemigo, y no permitiendo Dios que pasase adelante el engaño de los indios, dando ahullidos espantosos se desaló el demonio de aquel sitio, que dejando en él olor de azufre, señales de ser morador de las tartáreas regiones, conocieron todos el engaño en que habian vivido, y el religioso, dando á Dios las gracias por el beneficio recibido, puso una cruz á la orilla del manantial en señal de triunfo.

En llegando á algun rio ó manantial hacen toda humillacion al genio de aquellas aguas, para que no les hagan el daño que presumen, y aun les ofrecen algunas cosillas para tenerlas gratas; lo mismo ejecutan con las culebras caseras, á las que respetan mucho y no permiten que se les haga el menor daño, porque dicen que sus nahuales se trasforman en ellas, y si alguna vez inconsideradamente las han muerto, dicen que luego experimentan el castigo, y es que el demonio les causa algunos daños para que continúen en sus errores diabólicos.

Observan tambien con los árboles desatinadas tradiciones de sus viejos, y si la gentilidad política daba á cada deidad mentida un árbol, como á Alcides el álamo, el mirto á Venus, el laurel á Febo, y la vid á Baco, como cantó Ovidio; así estos bárbaros engañados no conocen árbol alguno en que no tengan muchas supersticiones, creyendo de ellos cosas que son á la razon repugnantes, y entre las supersticiones que con los árboles tienen, ha perseverado casi hasta el año de 1716 en los indios de la sierra de Colotan una, que ha sido necesario mucho teson de los religiosos y tormento de los señores obispos y justicias reales para borrarla en algun modo: juntábanse con muchas supersticiones al tiempo que tenían de costumbre, é iban al monte muchos indios, y escogiendo el mas alto y derecho pino, le derribaban con desatinadas ceremonias y le traian á su pueblo: habia muchas danzas y embriagueces, que son la mayor solemnidad de sus fiestas, hacian al madero reverencias y le zahumaban con incienso, adornándole con diversas flores y olorosas yerbas, durando este festejo algunos dias con sus abominables ceremonias: reconocieron los ministros con madurez que olía esta ceremonia á idolatría, por la veneracion con que al cortado pino trataban; dieron voz al señor obispo, haciéndole cabal relacion de las ceremonias con que trataban al tronco, y

su ilustrísima hizo todas las diligencias que en su paterno celo cabian, valiéndose de la justicia real para el auxilio, con que se evitó tan escandaloso abuso que picaba en idolatría, según lo resistieron los bárbaros.

Con las silvestres yerbas y raíces observan sus bárbaras ceremonias, presumiendo que tienen natural virtud para avivar sus rústicos entendimientos, y aun para dominar en las fieras de los montes, pues tienen yerba con que presumen que no se puede escapar al tiro de sus flechas leon, lobo, ni oso, pensando que con solamente traerlas no pueden dejar de acertarles: traenla también consigo para el ejercicio de la caza, y juzgan que con traerla tienen asegurados los venados y conejos: y lo que es mas, juzgan que saldrán vencedores en las guerras trayendo consigo la tal yerba, y no se desengañan saliendo vencidos muchas veces, porque discurren que algun accidente apagó por entonces su actividad á la yerba. A las yerbas venenosas, de que hay muchas en las sierras, veneran como á deidades y les hacen todo acatamiento, procurando no pisarlas, porque creen que se enojarán con ellos y les harán mucho daño con sus malignas cualidades, teniendo á las insensibles plantas por discursivas y libres en sus operaciones, cosa indigna de racionales; pero les dan inflexible asenso.

La raíz que mas veneran es una llamada peyot, la cual muelen y beben en todas sus enfermedades; y no fuera esto tan malo si no abusaran de sus virtudes, porque para tener conocimiento de los futuros y saber cómo saldrán de las batallas, la beben deshecha en agua, y como es tan fuerte les dá una embriaguez con resabios de locura, y todas las imaginaciones fantásticas que les sobrevienen con la horrenda bebida, cogen por presagios de sus designios, imaginando que la raíz les ha revelado sus futuros sucesos; y lo peor es que no solo los bárbaros ejecutan esta diabólica superstición, sino que aun en los indios domésticos dura este infernal abuso, bebiendo á escusas de los ministros, procurando hacerlo con todo secreto; pero como no cabe secreto entre embriagados, como aseguran los Proverbios (*Prover. 31, Celius 40*) y aun Celio lo manifiesta en sus versos, por mas que procuran ocultarse son descubiertos y con severidad castigados.

Sucede aun entre los indios políticos, que los padres cuelgan á sus hijuelos en los cuellos unas bolsillas, y dentro de ellas, en lugar de los cuatro evangelios que ponen á los niños en España, meten el peyot ú otra yerba, y preguntados de sus virtudes, dicen sin empacho ni vergüenza que es admirable para muchas cosas, pues con ellas saldrán sus hijos diestros toreadores, ágiles para domar caballos, y de buenas manos para matar novillos; de suerte, que juzgan que los que se crían con esta yerba al cuello, son para todo á propósito. Sucedió á un religioso de esta provincia, que yendo á un rancho á confesar á un indio, se perdió en el camino, y anduvo casi tres dias perdido por los palmares, al cabo de los cuales fué á dar al pueblo milagrosamente, y contándole á un indio su trabajo y lo que en los campos habia padecido de sedes, hambres y desconuelos, le respondió el indio:—"Padre, yo te daré un remedio para que nunca te pierdas, aunque vayas sin senda hasta el cabo del mundo."—Esperaba el religioso que le diese alguna observacion para atinar los caminos y no perderse en ellos, y el remedio fué que de allí á tres dias le daría unas yerbas que él conocia, y que estaban en los montes del Armadillo, las que si trajese siempre consigo no se podria perder, y añadió que lo tenia bien experimentado. El religioso, que oyó tamaño desatino, se enojó mucho, y estuvo en puntos de embestirle, porque remedio tan ridículo en ocasion de tanta hambre y cansancio, parecia que queria hacer prueba de su paciencia; que como dicen las sagradas letras, quien con el hambriento y cansado entabla conversaciones, quiere y solicita discordias; pero se contentó el religioso con afearle su desatino, teniendo despues muchos dias de risa por el medicamento ridículo, aunque en la realidad sus cosas son dignas de toda lástima.

